

de ella; ni la elevacion, ni las dignidades, ni los empleos, ni la nobleza, ni los negocios. Son los hijos un depósito que Dios os confió; os ha de pedir cuenta de él; son vuestros primeros acreedores, y como á tales los debeis el cuidado, la vigilancia, las instrucciones, los buenos ejemplos. Tened en buena hora caridad con todos los menesterosos; derramad largamente vuestras limosnas entre todos los necesitados; sed como el alma de todas las funciones piadosas, de todas las buenas obras que se hacen en la ciudad. Si faltais á vuestra esencial obligacion, haced cuenta que nada habeis hecho; si no habeis dado una cristiana educacion á vuestros hijos, todo lo perdisteis. Ni penseis haber cumplido bastantemente con vuestra obligacion dándolos maestros excelentes, si por vosotros mismos no os informais del modo con que viven, y cómo se aprovechan de la enseñanza: los maestros son vuestros ayudantes; os alivian, pero no os exoneran; y así debeis velar indispensablemente sobre una educacion, de que á solo vos se os ha de pedir estrecha cuenta. ¿Y será posible que nada te remuerda la conciencia sobre la que has dado á tus hijos y á tus criados? El modo de enseñar y de corregir sirve infinito para hacerle mas ó menos eficaz. Si las correcciones son amargas, conviene sazónarlas con un modo suave, con un tono moderado y con voces atentas y cortesanias, para que se admitan y para que entren en provecho. El desentono y las palabras ofensivas irritan, pero no enmiendan.

2. Ten gran cuidado de que tus hijos y tus criados se encomienden á Dios por la mañana y por la noche, y de que la familia rece todos los dias el rosario de comunidad, asistiendo tú el primero á él. Nunca te fies tanto de los preceptores, que no examines por tí mismo qué educacion dan á tus hijos; la obligacion de aquellos no te exime á tí de la tuya. Infórmate si

tus hijos frecuentan los sacramentos, por lo menos una vez cada mes, y tambien qué progresos hacen en las letras. Vergüenza es que se pasen años enteros sin que algunos padres sepan siquiera qué hacen sus hijos, ni se les dé nada por ello.

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN AVY, ABAD DE MICY, CONFESOR.

Fué san Avy hijo de un pobre labrador, que, habiendo nacido en Beauce, se estableció en el territorio de Orleans, y su madre fué tambien una pobre de solemidad, que nació en Verdun y vino pidiendo limosna; juntó algun dinerillo y se casó con aquel paisano, de cuyo matrimonio fué fruto nuestro santo. Nació hácia el fin del quinto siglo, y se asegura que en su nacimiento de repente se vió cubierto el pobre cuarto de un milagroso resplandor que deslumbró á todos los asistentes y llegó á atemorizar á la comadre; maravilla que desde entonces se consideró como presagio de la virtud con que aquel niño habia de resplandecer algun dia.

Sus padres, aunque pobres, eran temerosos de Dios, y así se dedicaron á darle una cristiana educacion. El bello natural del niño Avy y su inclinacion á todo lo bueno, poco regular en los de aquella edad, e hicieron muy amable á cuantos le conocian. Nunca fueron de su gusto los entretenimientos pueriles, y toda su diversion era hacer oracion de rodillas en el campo ó en la iglesia.

Una virtud tan anticipada era digna de trasplantarse al fértil terreno de la religion. Habiendo visto

algunos monjes de la abadía de Micy cerca de Orleans, se informó cuidadosamente del fin de su instituto y de la vida que profesaban. A esta inocente curiosidad se siguió luego el deseo de imitarlos; y pasando á echarse á los piés del abad, le suplicó que, sino le juzgaba digno de recibirle por monje, á lo menos le admitiese por criado, protestando que se dejaría morir á la puerta del monasterio antes que volverse al mundo.

Viendo el abad la humildad, la sinceridad y las vivas instancias del fervoroso mancebo, se resolvió á darle el hábito. Era abad san Maximino o san Mesmino, el cual descubrió muy presto el tesoro con que Dios habia regalado á su comunidad. Mostróse el novicio tan sencillo y tan desnudo de propia voluntad, que la santa simplicidad con que obedecía á todos dió asunto de risa y de diversion á los monjes que abusaban de ella. Teníanle por un estúpido, que sin réplica ni resistencia se dejaba conducir como un bruto adonde le querían llevar; pero la verdadera estupidez era la suya, pues no conocían el espíritu de Dios que gobernaba al hermano Avy. Algunos pocos ya llegaron á penetrar lo mucho que valía su virtud, y sobre todos el abad, que, hechizado con el novicio y viendo los progresos que hacia en la perfeccion, le nombró por ecónomo del monasterio, sin atender á su repugnancia ni al miedo que le ponían toda señal de distincion y todo empleo honorífico.

Precisábale este al cuidado de las provisiones y á mantener á los monjes, lo que le exponía á muchas murmuraciones y á no pequeñas pruebas de su virtud, por mas que hiciese para prevenir hasta las mas ligeras necesidades; pero lo que suavizaba el trabajo que tenia en cumplir perfectamente con su oficio, era la ocasion que se le proporcionaba de satisfacer su ardiente caridad con los pobres, para cuyo sus-

tento y abrigo cercenaba no pocas veces de su misma racion y se desnudaba parte de su hábito, aun antes de entrar en el oficio. Hacíase mas admirable esta caridad en un procurador, y con ella atraj las bendiciones del cielo sobre el monasterio, donde parecia que las cosas se multiplicaban. Con todo eso, no cesaron las murmuraciones ni las quejas tan injustas como agrias de los imperfectos. Sirvióse el Señor de estas contradicciones para despertar en él los deseos que siempre habia tenido de retirarse á la soledad para vacar á solo Dios en algun espantoso desierto, y las distracciones inseparables en su empleo le confirmaron en este pensamiento; por lo que, no dudando que era de Dios, solo trató de retirarse.

Habiéndose quedado una noche en la celda del abad, luego que le vió dormido, le metió silenciosamente debajo de la almohada todas las llaves del oficio y se retiró aquella misma noche á un espeso bosque, no muy distante del monasterio, donde fabricó una celdilla ó cabaña con ramas de árboles y comenzó á vivir en una profunda soledad, haciendo espantosa penitencia. Cuando el abad despertó para asistir á maitines quedó extrañamente sorprendido viendo las llaves de fray Avy debajo de su cabecera.

Pero como conocia mejor que otro alguno á nuestro santo, fácilmente comprendió la causa de su retiro; y no dudando que el espíritu de Dios le habia conducido al desierto, le dejó gozar tranquilamente de su amada soledad. Libre en ella del molesto ruido de los negocios temporales, se entregó á los excesos de su fervor y á los rigores de una penitencia sin limites. En la esterilidad de aquel desierto no encontraba otro alimento que hojas medio secas, frutas silvestres y algunas raíces amargas, que no contribuían poco á aumentar su mortificacion; pero endul-

zaba el Señor maravillosamente estos santos rigores con el don de contemplacion que le concedió, siendo su vida casi una oracion continua y el sueño tan breve, que apenas interrumpia sus devociones.

Murió por este tiempo el santo abad Maximino, y como ya todos los monjes de Micy estaban desengañados y habian depuesto las preocupaciones que lenian contra el santo, todos de unánime consentimiento le eligieron por su abad y pasaron á sacarle de su soledad de Soloña. Pero le era tan dulce aquel su amado retiro y gozaba en él de tan celestial consuelo, que les costó el mayor trabajo del mundo arrancarle del destierro y reducirle á aceptar aquella superioridad. A las instancias de los monjes se añadió la autoridad del obispo de Orleans, y sin que le valiesen súplicas ni lágrimas le fué preciso obedecer. Bendijole el mismo prelado el año de 520; y conducido al monasterio, bastó sola su presencia para resucitar en él la disciplina monástica en su primitivo vigor, mudando muy presto de semblante aquella comunidad con sus exhortaciones y á vista de sus ejemplos.

Pero fatigaba mucho este cargo á su humildad: cuantos mas honores le rendian, mas tiernamente se acordaba de su querido desierto; por él ansiaba, por él suspiraba continuamente; y conociendo que si volvia á Soloña presto darian con él, resolvió esconderse en algun lugar tan retirado, que nadie le pudiese encontrar.

Parecióle el de la Percha muy acomodado para su intento. Era un desierto horrible, distante de toda poblacion, en un bosque tan espeso y tan cubierto de matorrales, que parecia absolutamente impenetrable. Llevó consigo á uno de sus monjes, animado del mismo espíritu; y dejando su renuncia por escrito, se retiró secretamente al desierto de la Percha.

Por mas que le buscaron, no se pudo adquirir noticia alguna de su paradero, hasta que, habiéndose hecho eleccion de otro abad de Micy, se supo finalmente donde estaba san Avy, porque le descubrió el ruido de sus milagros.

Fué singular el suceso con que Dios le manifestó. Habiendo penetrado muy á lo interior del bosque dos porqueros pastando su ganado, sobrevino la noche, y con ella una furiosa tempestad que los separó, sin poderse juntar con la oscuridad de las tinieblas. Uno de ellos, que era mudo casi desde su nacimiento, advirtió una luz en medio del bosque encendida en la choza de nuestro santo; y partió derecho á ella para encender su tea de pino. San Avy, que jamás habia visto persona humana en aquel desierto, quedó altamente sorprendido cuando vió delante de sí un jóven que solo le hablaba con movimientos y con gestos. Creyendo al principio que era algun espectro ó algun artificio del enemigo, le hizo la señal de la cruz; y puesto de rodillas, suplicó al Señor le diese á conocer si aquella vision era algun fantasma. Acabada la oracion, volvió á hacer la señal de la cruz sobre el mudo, mandándole en nombre del Señor le dijese quién era y qué queria. Sintiendo el pobre mozo que se le habia desatado la lengua y que Dios le habia restituido el uso de ella, se arrojó á los piés del santo y comenzó á gritar: *Milagro, milagro*. Contó al santo en pocas palabras lo que le habia sucedido; encendió su hachon, despidióse de él y comenzó á gritar con todas sus fuerzas llamando á su compañero. Oyéndose este llamar por su mismo nombre de una voz desconocida, quedó como atónito; pero fué mayor su asombro cuando vió venir á su mudo que á gritos le comenzó á contar lo que le acababa de suceder, luego que llegó á paraje de donde podia ser oido.

Corrió la fama de este prodigio y comenzóse á turbar la quietud de nuestro solitario, porque de todas partes concurrían gentes á verle y muchos nunca le quisieron dejar. Creciendo el número de sus discípulos, se vió precisado á edificar un monasterio, que tuvo despues su nombre, en el que se renovaron aquellos asombrosos ejemplos que se habian visto en el Oriente bajo la conducta de los Antonios y de los Pacómios.

No obstante su grande amor al retiro, tal vez le obligaba á dejarle el mayor bien de los prójimos y el zelo de la salvacion de las almas. Pasando á Orleans, el magistrado mandó abrir las prisiones y dar libertad á los encarcelados por obsequiar al santo, haciéndole estos honores en correspondencia de sus milagros. En aquella ciudad dió vista á un ciego de nacimiento; y el autor de su vida dice que oyó este milagro de boca del mismo ciego.

Reinaba en Orleans Clodoviro, el primero de los hijos que tuvo Clodoveo en su mujer santa Clotilde. Valiéndose san Avy de la confianza con que el principe le trataba, le dió muchos consejos tan saludables como necesarios para la salvacion de su alma; singularmente le encargó mucho que tratase con mas dulzura y con mayor equidad á Sigismundo, rey de Borgoña, y á sus hijos, que eran sus prisioneros, prometiéndole de parte de Dios la victoria si les concedía la vida, y pronosticándole funesta suerte si los hacia morir. Justificó el suceso la profecía; porque Clodoviro fué muerto por los Borgoñones un año despues que quitó la vida á su santo rey.

Aunque san Avy perpetuamente vivia recogido dentro de su interior y en medio de las mas ruidosas ocupaciones nunca perdía á Dios de vista, con todo eso jamás dejaba de retirarse todos los años por algunos dias al sitio mas solitario del bosque pa-

ra vacar únicamente á la contemplacion. Hallándose en uno de estos como ejercicios anuales, murió el monje que habia traído consigo del monasterio de San Mesmino. Fueron prontamente á dar noticia al santo abad, quien, volviendo al convento, no pudo contener las lágrimas, viendo en el féretro á su querido discípulo. Hincóse de rodillas, hizo una fervorosa oracion á Dios; y levantándose de repente, lleno de aquella viva confianza que el Señor comunica á sus fieles siervos, dijo al difunto: *Yo te mando en nombre de Dios todopoderoso que te levantes y que vengas con nosotros á dar gracias á su Majestad por esta nueva vida que te ha concedido.* A estas palabras se levantó el difunto, arrojóse á los pies del santo, y mezclándose con los demás monjes, fué con ellos á la iglesia á dar gracias al Señor. Fácilmente se puede comprender la impresion que haria en los ánimos este milagro y el asombro con que se publicaria. San Lubin, obispo de Chartres, asegura que oyó este prodigio de boca del mismo monje resucitado, el cual sobrevivió muchos años á nuestro santo, pero el santo sobrevivió poco al milagro; porque, consumido por el rigor de sus penitencias y colmado de merecimientos, murió con la muerte de los justos en su monasterio el dia 17 de junio de 530, siendo de edad de poco mas de sesenta años.

Hubo un gran pleito entre los de Orleans y los de Chateaudun sobre la pertenencia del santo cuerpo y se ajustó la diferencia repartiéndose las reliquias, cuya mayor parte tocó á la ciudad de Orleans, donde á cien pasos de ella se le erigió un magnifico sepulcro, al que fueron trasladadas con la mayor solemnidad. Volviendo victorioso de España el rey Childeberto, le hizo edificar una suntuosa iglesia en el sitio donde estaba su sepulcro, conociendo que debía la victoria á la proteccion del santo. Lo mismo

hicieron los de Chateaudun en un lugar donde veneraban sus reliquias, sin que hasta el día de hoy se haya resfriado la devocion de los pueblos á un santo tan insigne.

SAN MANUEL, SABEL É ISMAEL, MARTIRES.

Por los años 362, en tiempo que los Persas se hallaban en una sangrienta guerra con el emperador Juliano apóstata, florecian en aquel reino Manuel, Sabel ó Sabelio, é Ismael, hijos de un padre gentil y de una madre cristiana, la cual procuró que los educase en la religion de Jesucristo é instruyese en las santas Escrituras cierto eunuco, presbitero, recomendable en ciencia y santidad. Hicieron los tres hermanos admirables progresos en las letras y virtud, bajo la disciplina de tan insigne maestro, llegándose á conciliar la estimacion de los Persas por su irreprehensible conducta y recto proceder.

Escribió Juliano al Persa sobre la paz, y conociendo aquel soberano que para ajustar los tratados no tenia ministros en su reino de mas conocida habilidad y consumada prudencia que Manuel, Sabelio é Ismael, los envió á este efecto al emperador, quien, viéndolos jóvenes tan hermosos y discretos, los recibió con todo honor y los guardó en su compañía.

Ausentóse Juliano de Constantinopla á la provincia de Bitinia; y habiendo llegado á Calcedonia, dispuso una gran fiesta á los dioses, mandando al pueblo que les ofreciese sacrificio en el lugar ó templo dicho Trigon. Concurrió alegre la multitud de infieles á obedecer el precepto del emperador; y viendo los tres santos la preocupacion de tantos miserables como rendian engañados sacrilegas adoraciones á los demonios, pe-

netrado su corazon del mas vivo dolor, rogaron al Señor los conservase constantes en la fe, para que de modo alguno se contaminasen con los errores de los idólatras.

Advertido su resentimiento por un camarero de Juliano llamado Arion, hizo que los prendiesen los ministros y presentasen al emperador, quien, informado de la causa, olvidándose de las inmunidades debidas á los embajadores, mandó ponerlos en prision, con orden de que, sino sacrificaban en aquel dia, sufriesen en el siguiente la mas severa cuestion de tormentos. Despreciaron los santos tan injusto precepto; y con un semblante airado les preguntó el emperador, luego que los tuvo en su presencia: *¿Acaso os ha enviado vuestro rey, para que no celebreis conmigo las fiestas de nuestros dioses ni les ofrezcais sacrificios? Nuestro soberano, le respondieron los santos, nos ha enviado á tí para que tratemos de paz, no para que nos obligues á sacrificar á los ídolos. Nosotros somos profesores de la religion de Jesucristo, instruidos por un eunuco, admirable sacerdote, en el conocimiento del verdadero Dios, criador del cielo y de la tierra y de todas las criaturas, á quien solo rendimos adoracion. Idiotas del todo me pareceis, continuó Juliano, viniendo á un emperador tan grande como yo: no llames tales, replicaron los santos, á los siervos de Dios, pues en su presencia apareceremos sabios instruidos por aquel que nos tiene dicho en las santas Escrituras: que, cuando estemos ante los reyes y presidentes enemigos, no pensemos en lo que hemos de hablar, pues el Espíritu Santo nos enseñará lo que conviene decir. Tambien yo he leído, siguió el apóstata, vuestras fatuidades y de nada me ha servido ese Cristo de que hablais; yo os aconsejo que os separeis de él y sacrificais á los dioses inmortales, pues de lo contrario os haceis acreedores á exquisitos tormentos, sin que os*

aproveche de cosa alguna Cristo. Entonces llenos los tres hermanos de un santo zelo, le replicaron: *impío y profano emperador, ¿cómo te has enfatuado en tales términos, que, llegándote todos los días á semejantes dioses, no los ves del todo mudos, siendo como son unas piedras, inanimados y domicilios de los demonios para engañar á los hombres?*

Arrebatado Juliano en un extraordinario furor al oír los discursos de los santos, les dijo: *hombres los mas infelices de los mortales, ¿cómo recibidos por mi con tanta humanidad blasfemais de los dioses y os atreveis á llamarlos piedras? yo haré por su nombre, propicio para mí, que experimenteis su poder.* Mandó, pues, arrojarlos en tierra y que los verdugos los azotasen con la mayor crueldad; pero como los ilustres confesores de Jesucristo repitiesen en medio de aquel castigo: *nosotros no sacrificamos á las piedras inanimadas, sino al verdadero Dios que vive eternamente;* mas irritado el apóstata ordenó que, colgados en un leño, les rasgasen los costados y clavasen unos clavos por los talones.

Puestos en el suplicio clamaban los santos: *Señor mío Jesucristo, que subiste al leño de la santa y venerable cruz, para salvar al género humano, no te separes de nosotros, sálvanos de estos tormentos que nos circundan, pues conoces cuan enferma sea nuestra carne para semejante combate; y hecha esta oracion, los asistió un ángel del Señor y alivió sus trabajos.*

Mandó el tirano bajarlos del leño, y queriendo seducirlos con blandura, afectando compasion, dijo á Sabelio y á Ismael: *Veo que este vuestro insensato hermano no asiste con nosotros á ofrecer á los Dioses, por lo que recibir á la correspondiente retribucion; pero yo presumo de vuestro ingenuo aspecto, que os portaréis mejor.* Entonces los dos hermanos le respondieron á una voz: *¿Piensas, príncipe impio, enemigo de Dios, que*

con tu doloso razonamiento nos podrás separar de Jesucristo? Persuade á tus dioses que nos hablen, si quieren recibir nuestro sacrificio, y entonces le ofreceremos prontamente.

Enfurecido Juliano con la respuesta, mandó á los verdugos que aplicasen hachas encendidas á los costados; pero manteniéndose constantes en alabar y bendecir al Señor, vuelto á Manuel, ciego de cólera, le dijo: *Infelicitísimo y el mas miserable de los que contigo están, sacrifica á los dioses clementísimos, pues de lo contrario serás atormentado con severísimos castigos.* No discurras, respondió el santo, *podrás hacer que falte en alguno de nosotros la esperanza que tenemos puesta en nuestro Señor. A la vista tenemos su santa cruz, que nos conducirá al fin que aspiramos, y al mismo Jesucristo que alivia nuestros dolores.*

Viendo el tirano la invencible fortaleza del santo mártir, mandó traer tres clavos y clavarle, uno por la cabeza y dos por los hombros; y que, conducidos los tres amarrados al muro de Constantino, que mira hácia Tracia, los decapitasen en el lugar llamado el Precipicio, y luego quemasen sus cuerpos para que no pudiesen los cristianos darles el honor de la sepultura.

Habiendo llegado los santos al lugar del suplicio, hicieron á Jesucristo una fervorosa oracion, suplicándole se dignase librarlos de las manos del impio apóstata, é ilustrar á aquel miserable pueblo con el conocimiento de la verdad. Ejecutóse la sentencia en el dia 22 de junio por los años 362, pero dispuso Dios que se abriese la tierra en el momento y ocultase en su seno los venerables cuerpos de los ilustres mártires para impedir su combustion segun el mandato del tirano. Huyeron los verdugos aterrados y se convirtieron muchos gentiles á vista de aquel prodigio, el cual sirvió de motivo para que los

fieles enterrasen los cadáveres con el correspondiente honor.

Supo el rey de los Persas el atentado de Juliano con sus embajadores; y volviendo á la guerra con mas ardor, vengando el cielo las injurias hechas por aquel apóstata á los cristianos, hizo que pereciese miserablemente.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Róma, la fiesta de doscientos sesenta y dos mártires, que, habiendo sido víctimas por la fe de Jesucristo, en la persecucion de Diocleciano, fueron enterrados en la antigua via Salaria, en la falda del Concombro.

En Terracina, san Montan, soldado, que, despues de repetidos tormentos, recibió la corona del martirio en tiempo del emperador Adriano y del varon consular Leoncio.

En Venafro, los santos mártires Nicandro y Marciano, que perdieron la cabeza en la persecucion de Maximiano.

En Calcedonia, los santos mártires Manuel, Sabel é Ismael, que, enviados cerca de Juliano Apóstata como embajadores del rey de Persia, para tratar de la paz, y no queriendo adorar á los idolos, como se les mandaba, antes bien desechando con denuedo semejante proposicion, fueron pasados á cuchillo.

En Apolonia de Macedonia, los santos mártires Isauro, diácono, Inocencio, Félix, Jeremias y Peregrin atenienses, que, despues de haber sido diferentemente atormentados segun orden del tribuno Triporcio, fueron al cabo decapitados.

En Ambería de Umbria, san Himero, obispo, cuyo cuerpo ha sido trasladado á Cremona.

En Berry, san Gondulfo, obispo.

En Orleans, san Avito, presbitero y confesor.

En Frigia, san Hipacio, confesor, y san Besarion, anacoreta.

En Pisa de Toscana, san Rainerio, confesor.

En Marcenay, diócesis de Langres, san Vorlo, confesor.

En la diócesis de Leon en la Bretaña, san Hervé, exorcista, hijo de Huardon, músico del rey Childeberto.

En Aviñon, san Vrmo, obispo, sucesor de san Agricola.

En Chatillon-de-Loira en el Nivernés, san Pozan, presbitero, varon de admirable sencillez.

En Roma en Siete columnas, el martirio de san Diógenes.

En Aguileya, santa Musca y santa Ciria, mártires.

En Egipto, san Prior, solitario, discipulo de san Antonio.

En Etiopía, san Nob, abad.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion del santo la que sigue:

Intercessio nos, quæsumus, Domine, beati Aviti abbatis commendet: ut quod nostris meritis non valemus, ejus patrocinio assequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum....	Suplicámoste, Señor, que nos haga gratos á vuestra Majestad la intercesion del bienaventurado abad Avy, para que alcancemos por su proteccion lo que no podemos por nuestros merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo.
---	---

La epistola es del cap. 2 de la primera del apóstol san Juan.

Fratres : Nolite diligere mundum, neque ea, quæ in do ni las cosas del mundo. Si

mundo sunt. Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo : quoniam omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et superbia vitæ : quæ non est ex Patre, sed ex mundo est. Et mundus transit, et concupiscentia ejus. Qui autem facit voluntatem Dei, manet in æternum.

alguno ama el mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida : la cual no viene del Padre, sino del mundo. Y el mundo se desvanece y su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios, permanece para siempre.

NOTA.

« Tiénese por cierto que san Juan dejó de poner su nombre en sus epístolas por humildad. La presente no tiene inscripcion, pero todas sus cláusulas y todas sus palabras están respirando mocion, dulzura y suavidad. Segun la expresion de san Gregorio, cada sílaba es una centella, y el evangelista respira incendios del divino amor. »

REFLEXIONES.

El que ama al mundo, no ama á Dios : *Si quis diligit mundum, non est charitas Patris in eo.* Esta es una verdad de fe que condena á muchos y que comprenden pocos; mas no por eso es menos verdad. No hay cosa mas opuesta á la religion que el espíritu del mundo; ninguna mas contraria á las máximas del Evangelio; ni sé que Jesucristo tuviese mayor enemigo que el espíritu mundano. casi se podia decir que los mundanos piensan el dia de hoy de la devocion y de la religion, con corta diferencia, como los gentiles pensaban en otro tiempo del cristianismo; casi los mismos errores, el mismo desprecio, las mismas burlas, la misma irrision y los mismos dicharachos. No es tan cruel su persecucion, pero no es

menos viva. Si no está muerta, está muy apagada la fe en el corazon y en el espíritu de los mundanos. La escandalosa burla con que muchos hacen chacota de lo mas santo y de lo mas sagrado; los impíos discursos que se oyen sobre los puntos capitales de la religion; el desprecio con que se tratan las decisiones y los preceptos de la Iglesia : todo esto no prueba mucha pureza, ni aun mucha firmeza en la fe. Pásanse en el juego los dias y las noches; concúrrese con una especie de furor á los espectáculos profanos; y si se ven algunas concurrencias á tales cuales funciones sagradas, van acompañadas de mil irreverencias y de mil profanidades. Oracion tan indispensable á los cristianos, ayunos y abstinencias de precepto, devociones tan importantes y frecuencia de sacramentos tan necesaria, ¿ qué lugar ocupais hoy en el corazon de aquellas gentes que están apoderadas del espíritu del mundo? Casi se mira con lástima á los que se sujetan á estas devociones; hácese un alto desprecio de la mayor parte de estos actos de religion; trátaseles de devociones populares, de manera que parece es la irreligion el carácter de los mundanos. No solo se avergüenzan muchos del Evangelio, sino que algunos, y no pocos, parece como que se honran con la disolucion; faltando poco para que la modestia y la virtud se califiquen por pruebas de villania. En el gran mundo no gusta de mascarilla la licencia; ¡ con qué descaro se hace pública gala de indevoto y de libertino! Reflexiones tanto mas dolorosas, cuanto mas demostrables por mayor número de hechos. No habrá caridad tan ciega ó tan excesiva que pueda hacer otro juicio á vista del aire, de los discursos, de la conducta escandalosa que se palpa en los parciales de las máximas del mundo, enemigos declarados de la moral y de la conducta de Jesucristo. Pero al fin, el mundo pasa; esa orgullosa, esa fiera

mundanidad cae al fin derribada en tierra; las falsas brillantesces se apagan de repente; esas representaciones teatrales tienen fin; la comedia solo dura hasta el sepulcro. Entonces despierta la razón; vuelve a encenderse la luz de la fe; restitúyese la religión á la posesión de todos sus derechos; quitase el mundo la máscara y se hace justicia á la virtud cristiana; hácese cada cual justicia á sí mismo; condena sus errores, sus extravagancias y sus descaminos; *perc venit nox, quando nemo potest operari (Joan. 6)*. Si ya se va á entrar en la noche, ¿será tiempo de dar principio al trabajo?

El evangelio es del cap. 15 de san Juan.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret : quia vero de mundo non estis, sed ego elegi vos de mundo, propterea odit vos mundus. Memento sermonis mei, quem ego dixi vobis : Non est servus major domino suo. Si me persecuti sunt, et vos persecuentur : si sermonem meum servaverunt, et vestrum servabunt. Sed hæc omnia facient vobis propter nomen meum : quia nesciunt eum qui misit me.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos : Si el mundo os aborrece, sabed que antes que á vosotros me aborreció á mí. Si fuérais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo : pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de aquella sentencia que os dije : No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieren á mí, también os perseguirán á vosotros : Si observaren mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto os harán por causa de mi nombre : porque no conocen aquel que me envío

MEDITACION.

EL ESPÍRITU DEL MUNDO ES SEÑAL DE REPROBACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera que nada hay mas opuesto al espíritu de Jesucristo que el espíritu del mundo; opónese á todas sus leyes, condena sus consejos, destruye todas sus máximas, y en cierto sentido se puede decir que el espíritu del mundo es una especie de Anticristo; es el tirano de los siervos de Dios, que estableció su trono y su dominacion en Babilonia; en el mundo ejerce despóticamente su imperio este espíritu absoluto contrario al Evangelio. En él se observan escrupulosamente sus leyes, se habla su lengua, se vive segun sus máximas; ¡pero, buen Dios, qué máximas, qué leyes y qué lengua! Sus leyes son las pasiones, ó á lo menos á ellas solas se consulta para publicarlas : *Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, soberbia de la carne*. En esto se fundan, hablando con propiedad, las leyes del mundo; esto las inspira, esto las dicta y este es el gran motivo de su puntual observancia. Juzguemos ahora si son conformes á las leyes del cristianismo.

Pero la lengua del mundo ¿es muy cristiana? Ella es el órgano de sus ideas y el intérprete de sus deseos. Es el lenguaje del mundo la jerga de las pasiones; y por eso no se entiende la lengua de los santos; las voces de la virtud y de la devoción parecen griegas ó bárbaras á los mundanos. Y á vista de esto, ¿nos admiramos de que el Salvador del mundo repruebe un espíritu tan contrario al suyo?

Pero tus máximas ¿cuáles son? Todas aquellas que condena Jesucristo; todas las que son mas diame-